

Amarnos unos a otros

Versículo clave: “Porque este es el mensaje que han oído desde el principio: que nos amemos unos a otros.”

— 1 Juan 3:11

*Versión Autorizada del Rey Jacobo
en inglés*

***Escrituras Seleccionadas:
1 Juan 3:11-24***

En nuestro versículo clave, el apóstol Juan lleva al lector al comienzo, cuando Jesús instruyó a sus discípulos sobre los principios del cristianismo. “Hijos míos, ya no estaré con ustedes durante mucho tiempo. Me buscarán, pero les digo lo mismo que ya dije a los judíos: a donde yo voy ustedes no pueden venir. Les doy un mandamiento nuevo: Ámense unos a otros; como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros. El amor mutuo entre ustedes será el distintivo por el que todo el mundo los reconocerá como discípulos míos”. (Juan 13:33-35, *NKJV*).

Este es el mandamiento más poderoso de Jesús a sus seguidores. Nuestro amor por los hermanos no es opcional y debe demostrarse con acciones. Pedro agrega a la naturaleza enfática del mandamiento de nuestro Señor: "Ya que han purificado sus almas al obedecer la verdad por medio del Espíritu con un amor sincero por sus hermanos, ámense unos a otros fervientemente con un corazón puro". (II Pe. 1:22, *NKJV*). Nuestro amor recíproco no debe ser tibio, ni dado a regañadientes. Debe ser ferviente y provenir de un corazón puro.

El apóstol Pablo ofrece una pista de cómo "todos sabrán" que somos discípulos de Jesús si nos amamos unos a otros. Dice en su epístola a Tito: "En un tiempo también nosotros fuimos tontos, desobedientes, engañados y esclavizados por todo tipo de pasiones y placeres. Vivíamos en la malicia y la envidia, siendo odiados y odiándonos unos a otros. Pero, cuando apareció la bondad y el amor de Dios, nuestro Salvador, nos salvó, no por nuestras obras de justicia, sino por su misericordia. Él nos salvó mediante el lavamiento del renacimiento y la renovación por el Espíritu Santo..., derramado sobre nosotros generosamente por medio de Jesucristo, nuestro Salvador". (Tit. 3:3-6, *Nueva Versión Internacional*). Antes de unirnos a Cristo, un espíritu mundano reinaba en nuestros corazones. A menudo, exhibimos envidia y malicia. Cuando otros nos odiaban, les devolvimos el odio. Ahora, la belleza del Evangelio reina en nuestro corazón y ejercemos el privilegio y el poder de mostrar amor divino a todos, amigos y enemigos.

Estas palabras del Sermón de la Montaña de Jesús aún resuenan con profunda verdad: "Ustedes han oído que se dijo: 'Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo'. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y bendigan a quienes los maldicen, hagan bien a quienes los odian y oren por quienes los maltratan y persiguen, para que sean hijos de su Padre, que está en los cielos; porque Él hace salir su sol sobre los malos y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y sobre los injustos. Porque si aman a quienes los aman, ¿qué recompensa tienen? ¿No hacen lo mismo incluso los recaudadores de impuestos? Y, si saludan a sus

hermanos solamente, ¿qué hacen más que los demás? ¿No hacen lo mismo los recaudadores de impuestos acaso? Por lo tanto, sean perfectos, así como su Padre, que está en los cielos, es perfecto". (Mat. 5:43-48, *NKJV*).

¡Qué maravillosas mejoras se producirían en el mundo si toda la humanidad pudiera ahora amar a sus enemigos, bendecir a quienes los maldicen y orar por quienes los persiguen! Aunque este no sea el caso ahora, anticipamos los días que pronto vendrán cuando, como dice la Escritura, "no harán daño ni destruirán" en todo el reino santo de Dios, porque la tierra estará "llena del conocimiento del SEÑOR". (Isa. 11:9). ¿Qué mejor manera de prepararnos para este tiempo que amar a nuestros hermanos cristianos con sinceridad y dejar que se desborde sobre todos aquellos cuyas vidas tocamos cada día?